

### CAPÍTULO XIII.

---

En una de las más fuertes torres, que componen el inmenso palacio árabe, pasan la primera terrible noche de su cautiverio Boabdil y Aixá, víctimas de la ira despertada por sus manejos en aquel su terrible soberano, esposo cruel de Aixá, desabrido padre de Boabdil. En cuanto llegan al sitio de su cautiverio, estallan, como suele pasar á todos los temperamentos muy calificados en todos los trances muy difíciles, sus sendas aptitudes distintas. Boabdil se regocija casi del nefasto suceso, porque le procura reposo y retiro, mientras Aixá ruge como una leona enjaulada y salta como un tigre perseguido. Su inquietud no se resigna, por modo alguno, al cautiverio, y sus cavilosas ideas vuelan todas ellas atropelladas en pos de una salida. Quien la observase con detenimiento, podría ver en las arrugas de su frente las ideas que surcaban como relámpagos su alma. De vez en cuando se golpeaba

con el puño crispado el cráneo tempestuoso, y se dirigía en palabras inconexas, reconvenções acerbas á sí misma. Ya miraba el suelo, escarbándolo casi con sus ojos fulminantes para procurarse por él rápida fuga; ya medía la distancia que las altas ventanas guardaban del pavimento de su camarín, y la distancia también que había desde sus ajimeces á las honduras del valle. Importábale poco ver la muerte lo mismo para sí que para su hijo en aquellas simas, porque la vida no puede tener precio para quien huella las altas cumbres del mundo y siente los vértigos de las desapoderadas ambiciones humanas, y si le importaba poco el material abismo abierto bajo sus rejas, importábale menos otro abismo puramente moral, importábale menos el odio concentrado sobre su cabeza por esa ira terrible de su esposo. Después de haber medido los obstáculos materiales que se oponían á la fuga de su hijo, de su cachorro, calculaba los recursos con que podía contar para verlo reinando en el trono y trayéndole así, con la humillación del aborrecido monarca, el sabrosísimo placer de la venganza. Desafiando todas las iras, que pudieran sobre su frente condensarse, Aixá empezó á escribir cartas generadoras de conjuración pronta, sin curarse para nada en su varonil valor ni de las gruesas murallas que la dividían y apartaban del mundo, ni de los odios que abrigaba contra ella su orgulloso marido y soberano. Allende los mares, y en las arenas del desierto, pululaban tribus amigas de su

familia, emparentada con tan militar aristocracia, y adoradoras de su nombre, divulgado ya por toda la morisma; dentro de Granada, hervían por pelear contra Zoraya y Hacem, los nunca fatigados abencerrajes; y en el reino mismo existían marcas ó regiones como las de Guadix, resueltas á la rebelión y á la guerra. En vista de tales ventajas, que alentaban y sostenían la firme voluntad y la enérgica entereza de Aixá, escribió, y volvió á escribir toda la noche, sin rendirse, ni á la emoción, ni al cansancio, librando en sus industrias y en el conocimiento que tenía de su alcázar, una confianza completa en llegar á poner las cartas en manos de aquellos á quienes iban dirigidas, con todo lo cual promovía en el reino granadino terribles y desconocidas tormentas.

Mientras tanto Boabdil dormía y soñaba. ¡Extraña complexión la suya! Puesto á caballo, circuido por sus jentes en armas; embargados los ojos por el aleteo de las banderolas y el oído por las vibraciones de lanzas y clarines y el pecho por los vuelcos del corazón, que siente la sangre agolparse á él en las incidencias de los combates; la naturaleza bélica de su militante raza, el valor heróico de sus padres, las ideas propias de su altísima educación y de su autoridad soberana prestábanle indudable aptitud para las batallas, en las cuales podía fácilmente rivalizar con los mayores y más probados capitanes por su destreza y por su audacia. Mas necesitaba tiempo, y mucho, para las resoluciones;

porque la indolencia de temperamento, la perplejidad continua en el pensar, la incertidumbre y la indecisión en el proceder, hacíanle tan inepto para los altos propósitos, como apto, una vez metido en ellos por ajena mano y por superior impulso, para los empeños de la guerra. Luego, voluptuosidad ardiente discurría por sus venas; propensión á los placeres del serrallo imperaba en su voluntad; amor, y amor de todos sus sentidos, que le abstraía de los empeños políticos y le arrastraba impetuosamente al silencio y al retiro, subyugaba su corazón, blando como la cera, y como la cera, pronto siempre á fundirse con suavidad en cuanto se le acercaba el calor de los placeres. Mientras Aixá medía con sus ojos las ventanas y exploraba los abismos, el indolente Boabdil, medía con su cuerpo los mullidos cojines y aspiraba por sus narices abiertas con voluptuosidad el perfume de los encendidos pebeteros; mientras Aixá rumiaba los pensamientos encaminados á encender la guerra civil y colocarlo en el trono, Boabdil rumiaba las orientales pastillas compuestas de diversos ingredientes asiáticos, muy propias para conciliar el sueño y esmaltarlo de sensuales visiones; mientras Aixá escribía cartas parecidas á proclamas concitando iras de berberiscos y abencerrajes contra su esposo, Boabdil murmuraba eróticos versos de los más epicúreos poetas andaluces, versos olientes al aroma del azahar y al dejo del mosto y al ámbar de un aliento enardecido por los deseos del amor;

mientras Aixá servía todos aquellos planes de Estado, en cuyos cánones entraban la guerra y la política y la estrategia con todos sus cálculos y con todas sus crueldades, Boabdil compendiaba su existencia en lo más íntimo del pensamiento y del deseo, reduciéndola por completo á vivir en brazos de Moraima, bajo las estalactitas de un camarín estrellado, sobre cojines de púrpura, escuchando romances amorosos al son de la guzla y oliendo esencias del pebetero forjado en Oriente, mezcladas con los aromas exhalados por la granadina vega y sus pintados vergeles. Para procurarse una compensación á las emociones del terrible día pasado en tremenda lucha con su padre, ideaba, los ojos entornados dulcemente y los labios contraídos por placentera sonrisa, ensueños varios de material felicidad en los senos de un paraíso como el fantaseado por Mahoma y en los brazos de mujeres como la idolatrada Moraima.

Tristísima suerte la de Aixá. Nieta de reyes, mujer de reyes, madre de reyes, había nacido para imperar, y le vedaba su sexo el imperio, de que se creía y se consideraba digna. Las previsiones del más consumado político entraban en su espíritu al par que los ardores del más arriesgado guerrero. Si Dios la hubiera favorecido con otro esposo y con otro hijo, acaso alcanzara ella sola contrastar y vencer la suerte de los musulimes y arrancarlos incólumes á las aceradas garras del destino. Pero el esposo Hacem, si tenía valor tan grande como el de

su esposa, ignoraba el arte por ella no aprendido, encontrado en sus naturales inclinaciones, el arte de la política; mientras su hijo, valiente, pundonorosísimo, guerrero por su honor también, entraba en la guerra y en la política por puro deber, sin experimentar ninguna de las grandes vocaciones que conciben é intentan las obras excepcionales y cumplen y realizan los mayores y más maravillosos destinos. Aún pudo Aixá dominar por medio de Hacem, si éste la hubiera querido más; ó por medio de Boabdil, si ella le hubiera querido menos. Esposa desdeñada, concentró en el hijo todos sus amores; y lo tuvo junto á sí en sus estancias como una compensación á los desabrimientos matrimoniales, sin arriesgarlo en las porfias políticas y en los combates guerreros, sino después de haberse cerciorado por una larga experiencia de que no le quedaba ningún otro instrumento con que imperar y dominar en la corte granadina. Pero la educación misma dada en los primeros años al primogénito, más bien propia de la madre que de la Sultana, resultó parte principal á la indolencia de Boabdil. Así, cuando los amores de Hacem por Zoraya determinaron el último y definitivo rompimiento de aquel con su esposa; y se volvió hacia su hijo ésta en busca de una espada y una enseña para mantener sus ambiciones políticas; no lo podía encontrar tan adecuado á su propósito y á su pensamiento como ella, en los arrebatos de su genio y en los cálculos de su ambición, deseara. En ningún momento se

veía con tal claridad la distancia entre hijo y madre como en aquel supremo y decisivo momento. Ella conspiraba y él dormía; trazaba ella los planes, en cuya virtud el abencerraje y el berberisco debía saltar la Alhambra, y trazaba él en su imaginación los ensueños á cuya virtud las huries debían descender del Edén á su lecho. Aixá, desvelada, vigilante, ansiosa, padecía y se afanaba por un trono para el mismo, á quien los celajes de lo porvenir, tan cargados por el relampagueo de una próxima tempestad, solamente inspiraban dulcísimos ensueños. No lo había echado la madre de ver mientras escribía para granjear partidarios al hijo; mas en cuanto, acabada su tarea, volvió los ojos alrededor suyo, suspiró, considerando cuán funesta para Granada y su reino debía resultar la increíble quietud é inercia de Boabdil. Madre al cabo, sonrió Aixá involuntariamente viéndolo tan tranquilo; mujer, gozóse con espiritual gozo en su hermosura; pero Sultana, reina dominadora, esta segunda naturaleza suya, más fuerte que todas las otras, le sugirió bien tristes y bien amargos pensamientos, al ver sobre qué garzón regio, tan joven y tan inexperto, y tan voluptuoso, y tan tierno, y tan delicado, reposaba la fortuna de todo su imperio y el destino de todos los musulimes. Levantóse, pues, al empuje de tan triste pensamiento, y sacudiendo el cuerpo de su hijo, le preguntó:

—¿Duermes, Boabdil?

—¿Qué hago?—preguntó éste.

—Pensar en tu libertad.

—¡Libertad!—Exclamó Boabdil moviendo tristemente la cabeza.—¡Libertad!

—Sí, sí; es necesaria para ti, para tu madre, para tu Granada.

—El mismo que me dió la vida, me niega hoy la libertad ¡ay! de la vida complemento.

—Pues precisa buscarla.

—¿Y cómo?

—La voluntad firme lo vence todo.

—Sí, todo; menos el horóscopo aparejado desde toda una eternidad, menos la estrella escrita para cada uno de los mortales en el cielo, menos los decretos incontrastables y las fatalidades é imposiciones misérrimas del hado.

—Verdad, verdad. Pero nada sabemos de nuestra estrella, y precisa ir á buscarla, porque hasta la más diminuta incidencia de una batalla está de antemano contenida en los férreos libros del destino, y sin embargo, no solemos dejar por ello de combatir y de procurar la victoria.

—Cúmplase tu voluntad y la voluntad omnipotente de Dios.

—Mi voluntad y la voluntad omnipotente de Dios quieren que salgas de aquí.

—¿Por dónde?

—Hay mil caminos.

—Fuertes muros nos cercan.

—Pues caerán.

—Cerrojos, que no se han descorrido en siglos, nos guardan.

—Pues se derretirán al calor de mi deseo.

—Guardias incorruptibles nos vigilan.

—Pues mi astucia burlará su vigilancia.

—¿Qué hacer para superar tanta dificultad?

—Salir.

—¿Pero, por dónde? repito.

—Por ese ajimez.—Dijo Aixá indicando con violencia la grande y altísima ventana.

—Pero ese ajimez,—replicó Boabdil con su natural indolencia,—campea en lo más alto de la torre de Comares, y esta torre se levanta en la cumbre de la colina que mantiene la Alhambra, y esta colina se quiebra en pendientes agrias, y estas pendientes conducen á las orillas del Darro, y este Darro ahora mismo crecido, parece que se propone, á guisa de mi padre Hacem, detenernos y encarcelarnos.

—No pienso, Boabdil, hijo mío, cogerte por el cuerpo y lanzarte por la ventana como pudiera lanzar una pelota. Madre, te amo demasiado, y Sultana, demasiado te necesito, para darte así muerte y no libertad segura.

—Pues como no hayas, madre, buscado alguna magia ó hechicería que alas nos preste, imposible fácil fuga entre tantos obstáculos.

—Tu madre la intentará y logrará.

—Que Alah te oiga, madre mía.

—Ya tengo la región fiel donde has de ir.

—¿Qué región es esa?

—Guadix.

—¿Qué más?